

Texto aparecido en lengua catalana:

<https://reusdigital.cat/noticies/cultura/lexcatedratic-de-linstitut-salvador-vilaseca-francisco-rodriguez-consuegra-recorda>

En lo que sigue, el texto en castellano:

En una calle de Sevilla es una primera parte de su biografía, o de sus memorias. Hasta los 12 años.

Efectivamente, aunque cuando comencé a escribir en serio no sabía el espacio que necesitaría para esos años, de 1951 a 1963; de hecho, ni siquiera había pensado con calma en la distribución del material por capítulos. Al empezar a pensar en mi vida de chiquillo, me di cuenta enseguida de que haría falta dedicar espacio a las vidas de mis padres. Y ello me obligó a remontarme aun más en el tiempo, hasta tratar, al menos de forma somera, de sus trayectorias vitales. El hecho de que ambos vivieran la guerra civil, con mi padre incluso participando en ella, y con mi madre escapando por la noche, campo a través, de la zona de Granada hacia Sevilla, constituyó un nuevo desafío que había que afrontar, a riesgo de dejar el libro cojo de contexto.

Por tanto, habrá una segunda parte.

Esa es la idea. De hecho tengo ya una primera distribución pensada para un segundo volumen, e incluso algunos episodios ya redactados, en una primera aproximación. El título será *Mi vida marítima*, y comprenderá: mis años de adolescencia en Tarragona; el bachillerato en el instituto Martí y Franquès; los primeros amores; mis estudios de Náutica en Barcelona, y mis experiencias ejerciendo como Piloto de la Marina Mercante. Algunos de esos textos iniciales han aparecido en la prensa, a título de primicias, y están disponibles en el blog que tengo dedicado al proyecto en su conjunto, que lleva el título general de *La llamada del pasado* (<https://llamadapasado.wordpress.com/>).

Aunque en el libro apunta que ahora ya puede descansar.

El esfuerzo de escribir esta obra fue realmente extenuante. No solo supuso el escurrir mi memoria hasta el fondo, sino también el tratar de evitar errores cronológicos, con lo cual no tuve más remedio que documentarme, recurriendo a toda a una variedad de materiales, gráficos e históricos, incluyendo aquí entrevistas con algunos familiares mayores y consultas con la hemeroteca. De ahí lo de "descansar"; pero con ello me refería solo al esfuerzo concreto de reconstruir años tan lejanos en el tiempo. El segundo volumen será más fácil en ese sentido, pues su contenido es más cercano, y contaré con más ayudas, incluyendo aquí compañeros de estudios y documentación más accesible. Sin embargo, continuaré la misma tónica del primer volumen: primar lo emotivo y describir con detallado realismo personajes y situaciones, huyendo de la mera crónica, y persistiendo en el esfuerzo por entretener, e incluso divertir a los lectores.

El libro está escrito durante dos periodos muy distintos y distantes.

Comencé a pensar en serio en escribir una autobiografía al poco de faltar mis padres, en 1997-98. Como sabe todo adulto ya de cierta edad, la pérdida de los padres es una experiencia única y dolorosa, en la que se experimenta un especie de soledad que no tiene paragón en

ningún otro momento de la vida, y que no se ve aminorada incluso si se tiene ya familia propia. Al mismo tiempo, sentí que les debía a mis padres un homenaje, por todo lo que habían hecho por mi, y que la mejor manera de rendirles ese homenaje era contar su historia, sacándolos así del anonimato, y deteniéndome en sus muchas fatigas por salir adelante en los primeros años, durísimos, de la posguerra. Ello me condujo a comenzar el trabajo en torno al año 2000, así como a realizar un viaje a Sevilla, lleno de entrevistas, incluso alguna grabada. Sin embargo, los textos que entonces pude redactar quedaron en un cajón, a la espera de mejor ocasión. En el libro actual parte de aquellos textos han sido recuperados, y comprenden los capítulos 1 y 14. El resto es material nuevo, escrito esta primavera, en pleno confinamiento domiciliario por la pandemia. Como explico en el prefacio, el tono de los dos tipos de textos es muy distinto, por razones obvias.

Se trata de la vida de un niño descrita por un adulto. ¿Le ha resultado difícil este propósito?

Eso es lo que yo pensaba cuando comencé a escribir. Cual no sería mi sorpresa cuando, a tratar de recuperar la mirada de aquel niño, y escribiendo en primera persona, descubrí que podía, sin más artificios, pasar de la memoria al texto, como si ese niño me estuviera dictando lo que debía escribir. Al mismo tiempo, descubrí también que unos recuerdos conducían a otros, y que solo había que hilarlos convenientemente, y aportar el contexto necesario. Me ha resultado especialmente gratificante el que numerosos lectores hayan escrito en sus reseñas que se han sentido identificados con aquel golfillo sevillano, a pesar de que sus infancias hayan sido tan distintas en los detalles. Ello me parece una muestra de que he logrado, al menos en parte, el convertir lo local en universal, que sin duda es lo que buscan muchos autores literarios, terreno en el que yo era novato, habiendo dedicado mis numerosos libros anteriores a lo puramente académico y erudito.

¿Hay mucha nostalgia en este libro?

Muchísima. Creo que en algún lugar del libro llegué a hablar de "un baño de nostalgia". En mi caso concurre una circunstancia poco habitual. Al dejar Sevilla a mis 12 años, aquella etapa resultó como encapsulada, pues mi contexto cambió de manera brutal, así que las asociaciones de memoria no progresaron, como les ocurrió a mis amiguitos y familiares de la época, que continuaron viviendo en la misma ciudad, y sus recuerdos se fueron adaptando a los cambios del contexto familiar y urbano. De ahí que mis repetidas visitas a Sevilla sean siempre como una especie de peregrinación al pasado. Sin embargo, en este sentido he descubierto también, reflexionando sobre la nostalgia, que se trata de un sentimiento "traidor". En efecto, cuando tratamos de recuperar acaecimientos del pasado, o relaciones personales de otra época, por el expediente del acercamiento, nos damos cuenta de que todo es ya irrecuperable para siempre, y que nuestros esfuerzos son meramente ortopédicos. Me atrevo a decir pues que mi libro constituye también una cierta investigación sobre el fenómeno de la nostalgia y sus laberintos psicológicos.

Háganos una breve pincelada de la Sevilla de su infancia. O del barrio donde residía, la Huerta de Santa Teresa.

Se trata de un barrio encantador. Está situado al final de la salida de Sevilla hacia el Este, al Sur del barrio del Nervión, que también aparece a menudo en el libro, y termina en el célebre templete de la

Cruz del Campo, que dio lugar a la conocida marca de cerveza, por estar allí situada su primera fábrica. El barrio se divide en dos zonas claramente diferenciadas. La parte más occidental la constituyen unas pocas calles llenas de pequeños chalets, generalmente adosados, pero cada uno con arquitectura propia, y un pequeño patio delantero, lleno de plantas y flores. Lo poblaban familias con disponibilidad económica algo mayor, muchas de ellas propietarias. Fue la zona escogida por muchos militares americanos, sirviendo en la base aérea de Morón. La zona más oriental la formaban callecitas sin asfaltar, con casas más sencillas, muchas de construcción precaria, pero con el encanto de las antiguas azoteas sevillanas, adornadas por pilares que culminan con esos jarrones cerrados de cerámica tan típicos de la arquitectura de Sevilla. Fue la zona donde, junto con las partes más pobres de Nervión, fueron a parar como inquilinos tantas familias de inmigrantes procedentes de Jaén y otras zonas de Andalucía. En una de esas callecitas se desarrolló mi infancia. El barrio estaba en la periferia, y comprendía muchas parcelas y zonas de campo, donde los niños podía jugar en libertad y vivir aventuras inolvidables, como he tratado de referir en la obra.

Una Sevilla muy diferente actualmente.

Ahora el encanto de aquel barrio ha desaparecido en buena medida. Los coches lo han invadido todo y los niños ya no juegan en las calles, todas asfaltadas. Las viejas costumbres han fenecido también. La mujeres ya no salen al caer la tarde a regar su trocito de calle. En las tórridas noches de verano ya no se sacan sillas a la calle donde los vecinos de cada portal se refrescaban, compartían chistes y cotilleos, y esperaban que las viviendas de enfriaran un poco, antes de pensar en meterse en la cama. Tampoco se sacan ya mantas a las azoteas a esperar el "relente" y poder acostarse. El aire acondicionado es la causa. En cuando a los descampados, han desaparecido todos, sustituidos por calles y calles llenas de bloques de feos pisos. La ciudad se ha extendido tanto por el Este que han aparecido barrios enteros que no existían, donde solo había campo, y grandes centros comerciales surgen como setas, cuyos parkings almacenan cientos de coches. Y claro, no hay vuelta atrás. Dicen que es el inevitable progreso. Y ahí lo dejo.

La familia, su entorno más próximo y los estudios son los ejes centrales de su libro. Todo descrito con amplitud de detalles.

Ciertos lectores se han visto sorprendidos por la detallada extensión de la obra; algunos, conocedores de mi proyecto, me han comentado que esperaban que en un solo volumen diese cuenta de toda mi vida hasta ahora. Hacerlo así hubiese conducido a la mera caricatura, sin ningún interés humano ni literario; he huido pues de la mera crónica, descarnada de emociones. Más arriba ya he justificado la necesidad de extenderme en la historia familiar. En cuanto a mi calle y mi barrio propiamente dichos, no he dudado en describir multitud de situaciones y personajes, con gran cariño y un alto grado de buen humor, sumergiéndome sin recato en la típica "guasa" sevillana. Los juegos y las correrías de aquellos niños, simpáticos golfillos callejeros, cuando no gamberros, llenan muchas páginas. En ellas, he evitado juicios morales, limitándome a contar lo que viví, y la intensa diversión que mis amiguitos y yo disfrutábamos a la menor ocasión. En vista de ello, los niños actuales, con toda su tecnología, no me producen sino pena. Finalmente, he dedicado dos capítulos completos a mis estudios. El primero, al colegio Nuestra Señora de Andévalo, donde me impartieron la primaria. Estaba, y aun está, situado en el corazón del barrio. Sus entrañables maestros y maestras, sobre todo don

Manuel, quedaron para siempre en mi memoria. Yo era un niño respetado y querido allí, y tuve la fortuna de destacar sobre mis compañeros, siendo "primero de la clase" a menudo. El contraste con el instituto San Isidoro fue brutal, pues allí quedé enterrado en el anonimato, sin tiempo para adquirir veteranía, ya que solo permanecí allí durante el 2º curso de bachillerato.

Y un capítulo dedicado al sexo.

Tuve algunas dudas sobre hasta donde llegar con los detalles en ese capítulo. Finalmente me dije: si has decidido contarlo todo, sin ahorrarte detalles duros ni escabrosos, debes continuar con la misma tónica en lo tocante al sexo. Puede que algunos lectores se hayan sentido algo incómodos al respecto, considerando quizá mis descripciones como demasiado "directas". En otros tiempos hubiese sido así, sin duda. Pero actualmente cualquier retraimiento al respecto no hubiese pasado de ñoñería. Puesto que nuestra personalidad se forja en la infancia, sustraer a los lectores mis primeras experiencias sexuales, como hacen tantos autores de memorias, me hubiese parecido una cobarde traición. En el siguiente volumen aquella línea de experiencias se desarrollará de forma natural; sin aquellos antecedentes, el relato de mi adolescencia hubiera resultado incomprensible.

Las fotografías contribuyen mucho en el ejercicio de los recuerdos.

Curiosamente, las numerosas fotos viejas incluidas, sin duda para gran deleite de los lectores, no han sido la fuente primaria de mis recuerdos, quizá con alguna excepción. Por el contrario, he descubierto que mi memoria es profundamente gráfica, y se sustenta sobre todo en lo que a lo largo de la obra he llamado "recuerdos-postal". Se trata de situaciones que han quedado visualmente grabadas en mi mente, como una suerte de fotos fijas, que puedo evocar a voluntad, y por tanto describir, como el que describe los contenidos de una pantalla a la que se sustrae el movimiento. Algún lector ha hablado de "flashes" al respecto. Ordenando y encadenando tales recuerdos ha sido fácil desarrollar la mayor parte del material.

¿En su infancia sevillana ya quería dedicarse al mundo de la marina?

Rotundamente sí. No en balde un avisado periodista de la prensa barcelonesa, que publicó una reseña del libro, la tituló precisamente "El niño que soñaba con la mar desde una calle de Sevilla" (<https://www.naucher.com/cultura/el-nino-que-sonaba-con-la-mar-desde-una-calle-de-sevilla/>). Como cuento en el lugar correspondiente, en mi último año sevillano estudiaba en el instituto San Isidoro, entonces situado provisionalmente en el pabellón de Chile, de la Exposición Iberoamericana de 1923. Solía almorzar entonces en el muy cercano muelle de Nueva York, donde me quedaba extasiado viendo cargar y descargar los barcos, que entonces atracaban en ese muelle, ahora urbanizado y lleno de bares de copas. No se me ocurría mejor futuro que uno dedicado a recorrer los mares y el mundo a bordo de uno de aquellos bonitos buques. No podía entonces sospechar que solo seis años más tarde atracaría yo en un muelle cercano a bordo de un buque granelero procedente de Argentina, navegando como agregado de Puente, llegando en solo un par de años más tarde a obtener el título de Piloto de la Marina Mercante. A veces los sueños se hacen realidad.



Muelle de Nueva York de Sevilla, en el año 2002, ya en desuso, pero casi idéntico a como estaba 40 años antes.

Y a los 12 años, usted y su familia vinieron a Tarragona.

Eran tiempos duros, y la diminuta relojería de mi padre iba de mal en peor, pues empezaban a aparecer relojes modernos, que no se averiaban. Al mismo tiempo, mi madre debía trabajar duramente en casa, cosiendo a máquina durante muchas horas diarias para una empresa explotadora. Mi tío Antonio había marchado a Cataluña años antes, y vivía bien en Tarragona, desde donde insistía sin descanso en que nos fuéramos allí. Finalmente mis padres tomaron la difícil decisión, pensando sobre todo en nosotros, sus tres hijos, así que mi padre marchó el primero, siguiéndole los demás, una vez encontró trabajo y vivienda.

¿Que le supuso a usted este cambio?

La última página de libro resume bien mis sentimientos al abandonar Sevilla con el tren, yo solo, pues me quedé unos días más en casa de mi tía María por los exámenes, la cual fue a despedirme. Su recuerdo en el andén, mientras el tren comenzaba a moverse constituye uno de esos flashes inolvidables que menciono más arriba. Era sobre todo miedo y pesar, por abandonar mi calle, mis amiguitos, mis numerosos familiares, mi ambiente de siempre, todo lo que había conocido hasta entonces, y que me hacía sentir seguro. También me preocupaba como me acogerían los maestros y los niños catalanes. Sin embargo, había algo que me generaba las mayores expectativas: Tarragona era puerto de mar, con bonitas playas, donde muy pronto podría empezar a disfrutar experiencias muy ansiadas durante años. Fue por tanto Cataluña la tierra de mi adolescencia y de mi juventud, donde no solo estudié Náutica, sino también la carrera de Filosofía, gracias a la cual pude abandonar la dura vida del marino y hacerme catedrático de instituto

en 1978. Que pasara más tarde una década enseñando en el instituto Salvador Vilaseca de Reus, ciudad donde ahora aparece esta entrevista, constituye uno de esos agradables giros del destino que a veces la vida nos ofrece, y que genera nuestro agradecimiento por lo vivido.